

Fernando Arnáiz

Fénix



Fernando Arnáiz

Fénix

*A mi familia,
la que es,
la que fue,
la que será,
del principio al final de los días*

PRIMERA PARTE

Verano de 2001

I

Una foto imposible

La fotografía era, sin ninguna duda, de 1992. Mostraba a mi tío Nicolás erguido, sonriente, con la mano levantada a modo de visera, protegiéndose la vista de la hiriente luz del sol, los ojos ligeramente entornados, mirando a lo lejos. Detrás de él, una multitud con vestimenta veraniega, en su mayoría deportiva, congelada en sus idas y venidas, apresurándose de aquí para allá: una familia disfrutando de sus helados multicolores, una pareja de jóvenes cogidos de la mano - desenfocados en su carrera hacia el interior del estadio - y dos parejas encorvadas sobre lo que parecía un mapa; todos ellos atrapados para siempre en un trozo de cartulina de trece centímetros de alto y dieciocho de ancho.

Hasta hacía solamente unos minutos el hombre de la fotografía, de pelo negro azabache y porte atlético, era para mí nada más que un recuerdo lejano, tristemente lejano; un fantasma que nos había acompañado durante los trece años que llevaba desaparecido. Y sin embargo ahí estaba el querido tío Nico, vivito y coleando, cuatro años después de su desaparición, disfrutando de un fantástico día de verano. Súbitamente, había vuelto a la vida, junto a un pequeño quiosco ambulante en el que un enorme rosario de globos de colores chillones mostraba la imagen repetida de Cobi, la mascota oficial de los Juegos Olímpicos de Barcelona.

Encontré la foto en un álbum que mi madre guardaba en el estante inferior de su armario ropero. Hacía tan solo doce días que había muerto, una calurosa tarde de sábado, mediado el mes de julio. Cuando recibí la noticia estaba solo en casa, leyendo un cómic, mientras escuchaba viejos temas de Queen. El tema principal de la película *Los*

Inmortales servía de banda sonora a los héroes de las viñetas, a las luchas entre los ingleses y los escoceses liderados por el legendario Braveheart. Nunca fui un gran aficionado a los cómics, pero de vez en cuando me daba la ventolera y me hacía con unos cuantos ejemplares. Aquel sábado por la mañana me había acercado a una tienda del género que había en mi barrio; un lugar en el que era difícil dar dos pasos sin tener que sujetar una pila de libros en precario equilibrio o disculparse ante algún parroquiano para, arrimándose a él, poder pasar a revisar la siguiente estantería. Por lo general tardaba mucho tiempo en decidir qué llevarme y, después de muchas dudas, salía por la puerta, intranquilo por lo acertado de la compra. No soy un experto en la materia, apenas conozco un puñado de dibujantes y de sagas que considere que valgan lo que cuestan. Así pues, deambulaba entre los miles de títulos durante una hora o más. Tomaba en la mano un volumen, después otro, volvía a dejar el primero nuevamente en su sitio, y muy frecuentemente lo volvía a coger poco después. Finalmente, me plantaba en algún rincón, con cinco o seis ejemplares, sopesando cuál escoger; sus títulos y autores eran en muchos casos desconocidos para mí, no tenía referencia alguna sobre ellos; pero si los había cogido era porque había algo en ellos que me atraía. Me resultaba molesto preguntar al encargado: no quería parecer un ignorante en medio de todos aquellos tipos con aspecto de conocer la vida y milagros de cualquiera de los dibujantes o guionistas desde su más tierna infancia. Aquel lugar era como un gran templo del saber, una moderna biblioteca de Alejandría, y los compradores que pululaban en su interior, expertos gurús que intercambiaban toda suerte de conocimientos sobre el arte del cómic en un lenguaje que a cualquier extraño le hubiese parecido arcano o en clave, pensado para ocultar algún oscuro enigma a los no iniciados. Preguntar cuál de los ejemplares que tenía en la mano era *el mejor* era, a todas luces, algo que ni me planteaba. Prefería arriesgarme y equivocarme a pasar tal bochorno; me imaginaba haciéndole la pregunta a aquel gafotas escuchimizado que se sentaba tras el mostrador, con el pelo no se sabía si engominado o emporcado. Parecía estar devorando una de las últimas novedades recién llegadas de Japón, con los ojos desorbitados, la frente perlada de sudor, ajeno al resto del mundo; como si aquellas páginas le pudiesen desvelar el origen del universo o el lugar en que se escondía el tesoro de Barbanegra. Le imaginaba levantando la mirada de la revista - que tenía a menos de un palmo de la nariz - casi a

cámara lenta; abría aquellos ojos - que sobresalían por encima del cristal de culo de botella de sus gafas - y levantaba las cejas en un gesto de incredulidad por la pregunta que acababan de hacerle; al mismo tiempo, siete u ocho cabezas se volvían hacia mí, sorprendidas por mi osadía, atónitas ante aquella herejía, esperando una reacción feroz del larguirucho encargado. Por eso continuaba dándole vueltas y más vueltas a las revistas en una esquina del local, a poder ser a salvo de las miradas de los *expertos*, hojeándolas una y otra vez, leyendo las contraportadas, antes de tomar, por fin, la ardua decisión.

Sin embargo, ese día había sido totalmente diferente: nada más entrar, me había encontrado de frente un mostrador en el que destacaba un título que me llamó inmediatamente la atención: la portada del cómic mostraba al legendario Braveheart de pie, con la pierna doblada apoyada sobre una piedra, levantando una enorme espada por encima de su cabeza, arengando a su gente. De un salto me planté delante y, sin pensármelo dos veces, cogí la revista, la llevé a grandes pasos hasta el mostrador, deposité el dinero exacto encima del mismo y salí de la tienda, dejando atrás a un atónito dependiente.

Satisfecho con mi adquisición, aceleré el paso camino de casa, entusiasmado ante la idea de sentarme cómodamente en el sillón de orejas situado junto al ventanal del salón, desde el que se disfrutaba de una magnífica vista de la bahía y sus playas. Era casi la hora de comer y los aromas que escapaban de los bares hacían aumentar mi apetito de forma exponencial cada vez que pasaba al lado de uno de ellos. La salivación iba en aumento y no era cuestión de ahogar al héroe escocés con mis babas, por lo que hice una parada técnica en un local de comidas para llevar; me hice con un pollo asado acompañado de patatas fritas y corrí hacia mi casa. Comí casi con urgencia y, después de recogerlo todo, me serví una copita de pacharán, localicé el disco de Queen y lo puse en el aparato de música, con el volumen a medio gas. Me acomodé en el sillón, puse los pies en el taburete y comencé a leer.

Estaba casi terminándolo - en el momento en el que Wallace, ya preso, entra en Londres atado a un caballo, custodiado por un fuerte número de soldados, después de diecisiete días de viaje a pie - cuando sonó el teléfono. Disgustado por la interrupción dudé si levantarme y atender la llamada o ignorarla y terminar la lectura. El timbre sonó

tres veces antes de que, pensando que muy probablemente fuera mi madre quien llamaba, me puse en pie y levanté el auricular mientras, con la otra mano, bajaba el volumen de la música.

- ¿Sí? - dije, tras levantar el auricular.

- Buenas tardes, ¿es el domicilio de Laura Parra? - era una voz masculina, ni aguda ni grave, neutra, algo apagada.

- Sí, es aquí, pero ha salido y tardará aún en volver, no sabría decirle a qué hora exactamente...- contesté apresuradamente, deseoso de cortar la conversación y regresar a lo mío.

- Bueno, verás, le llamamos del Hospital General... La señora Parra ha sufrido un accidente y la han traído aquí.

Mi cuerpo entró en tensión y el pecho se me agarrotó súbitamente; todos los músculos del cuerpo se quedaron inmóviles, rígidos. Tragué saliva, notando el corazón henchirse dentro del pecho.

- Pero, ¿cómo se encuentra? ¿Está bien? - logré por fin preguntar.

- ¿Es usted pariente? -contestó aquella voz, que empezó a parecerme cada vez más lejana.

- Sí, soy su hijo...

El silencio duró quizás un segundo, no sé, probablemente lo suficiente para que aquel hombre tomara aliento y valor para continuar.

- Verás... lo lamento, pero su madre ingresó cadáver en el Hospital.

Fue como si hubiera explotado una bomba en mi interior y me hubiese quedado sordo. Los sonidos del exterior desaparecieron, el mundo entero dejó súbitamente de existir, engullido por la onda de choque; solo estaban el teléfono, la mano que lo sujetaba y mi cabeza. Me quedé inmóvil, de pie, junto a la mesita, incapaz de articular palabra alguna.

- Lo lamento, de veras - continuó la voz-, pero es necesario que algún familiar se acerque al hospital.

- Vale - dije y, bajando el auricular lentamente, colgué.

Me quedé paralizado, incapaz de reaccionar, durante varios minutos. Mi cuerpo, que poco antes parecía hinchado, daba ahora la impresión de haberse ido desinflando como un globo pinchado. Los hombros, generalmente levantados, perfectamente paralelos al suelo, habían descendido ostensiblemente, haciendo que los brazos, caídos a los lados del tronco, pareciesen extremadamente largos. Mi cabeza se

había quedado echada hacia delante y miraba fijamente un punto inexistente situado detrás de la lámpara de la mesita del teléfono.

Al cabo de un tiempo apoyé una mano en el brazo del sofá y, girando sobre mí mismo, me senté. Tomé la cabeza entre mis manos y comencé a llorar, mientras comenzaba una letanía en la que las palabras “Mamá”, “No” y “¿Por qué?” se repetían incansablemente, una y otra vez. Continué así durante no sé cuánto tiempo para después, quedar sumido, inerte, en una especie de trance. El aire parecía haberse desvanecido. Las imágenes que llegaban a mis ojos se tornaron estáticas. Los sonidos se fueron atenuando hasta desaparecer. El sabor de la saliva en la boca, algo metálico, se diluyó y se fundió en blanco. Dejé de notar el roce de la ropa en mi piel y la presión del sofá sobre mis nalgas. El peso de mi propio cuerpo e incluso el transcurrir del tiempo se fueron amortiguando hasta dejar de existir. El sonido del tictac del reloj de la pared fue lo único que parecía sobrevivir y, mientras el resto del mundo se iba apagando, fue haciéndose más y más audible, hasta que llegó a ser lo único aún vivo en mi percepción de las cosas. Poco a poco su repetitivo bamboleo del tic al tac y del tac al tic comenzó también a disiparse, muy lentamente. No fueron mis sentidos los que dejaron de funcionar, fue el propio mundo el que progresivamente fue reduciendo sus revoluciones hasta llegar a detenerse. Notaba que mi cuerpo se iba evaporando, dejando solo la cáscara exterior. La angustia iba creciendo como un cáncer, ocupando el vacío interior, ejerciendo una creciente presión sobre mi consciencia.

Al cabo de, no sabría decir cuánto tiempo, volví al mundo real. La ansiedad había crecido hasta el punto de no dejarme casi respirar; sabía que debía hacer algo, pero no lograba moverme ni decidir qué hacer a continuación. No podía ir yo solo al hospital; y tenía que contárselo a mi padre. Pensé en llamarle, pero decidí que no era una noticia que debiera darle por teléfono.

Mis padres se habían separado tres años antes, pero se seguían teniendo cierto aprecio. No hubo ninguna infidelidad de por medio, al menos que yo supiera. Simplemente se fueron alejando, poco a poco, y acabaron aburriéndose el uno del otro. También contribuyó, desde luego, el que él perdiera su trabajo. Tres meses antes de que eso ocurriese, mi padre se había despedido voluntariamente de la empresa en la que había trabajado durante los últimos dieciocho años, para acep-

tar un interesante puesto en la competencia, con un sueldo considerablemente superior. En febrero estrenaba orgulloso su nuevo despacho; en mayo recogía sus cosas al igual que el resto de los empleados. Una investigación fiscal había destapado un colosal fraude. De la noche a la mañana la compañía había pasado, de ser un atractivo valor bursátil con unos considerables – pero inexistentes – beneficios, a estar en quiebra. Mi padre se quedó, como se suele decir, con una mano delante y otra detrás. Intentó buscar otro empleo, pero la situación laboral era complicada. Al final se tragó el orgullo y apeló a su antigua empresa, pero tampoco consiguió nada: su anterior puesto había sido ya cubierto, y no había ningún otro en el que, dijeron, pudiera encajar. Le despidieron con buenas palabras, halagando su trayectoria profesional, su gran experiencia y su indudable valía; le aseguraron que estaban seguros de que podrían ofrecerle algo que estuviera a su nivel en poco tiempo pero que, de momento, tendría que esperar. Él sabía que eso no ocurriría jamás: estaba convencido de que sus antiguos jefes no le perdonarían nunca la traición que había cometido con quienes le habían dado de comer durante tantos años.

Bajé a la calle, con una agobiante sensación de irrealidad, busqué mi pequeño coche de segunda mano, y me monté en él. Tras unos segundos de indecisión, introduje la llave y arranqué. Puse el piloto automático mental y dejé que me llevara a casa de mi padre, mientras intentaba decidir cómo decírselo y qué hacer si no estaba en casa. Unos minutos más tarde dejé el coche estacionado cerca del puerto y me dirigí a paso lento, creo que cada vez más lento a medida que me acercaba, al portal del edificio en el que vivía mi padre desde hacía dos años. Era un inmueble antiguo en la zona peatonal de la ciudad, en el centro; estaba un poco alejado de su lugar de trabajo - había aprobado las oposiciones para profesor de instituto hacía pocos meses - pero cerca del bullicio, de la gente, del ambiente diurno y nocturno. Al llegar al portal dudé unos instantes antes de llamar al portero automático; las lágrimas volvieron a correr por mis mejillas. Una mujer que pasaba por allí con la bolsa de la compra en la mano se me quedó mirando y puso cara de pena. No quería que nadie me viera; me giré hacia la puerta. La ciudad no era pequeña, pero tampoco lo suficientemente grande: en cualquier momento podía pasar por allí alguien conocido. Obligado por las circunstancias pulsé el botón del telefonillo y esperé una respuesta que no llegó. Casi aliviado lo volví a inten-

tar varias veces más, con el mismo resultado. Me encontraba incómodo plantado allí, delante del portal; hubiera deseado ser invisible. Por suerte, al cabo de un par de minutos se abrió la puerta y apareció un hombre vestido con un mono de motorista en el que se apreciaba la insignia azul y roja de una empresa de mensajería. Aproveché la ocasión para entrar, subí las escaleras hasta el rellano del segundo piso y pulsé el timbre que había a mano izquierda. Era de esperar que no hubiera nadie pues de otra manera habrían respondido al telefonillo, aunque siempre cabía la posibilidad de que estuviera averiado. Pero no acudió nadie a abrirme.

Bajé los escalones y me senté. El suelo, de granito, estaba tremendamente frío. Era de prever que Keith, mi padre, no estuviese a esa hora del sábado en casa; lo más probable es que hubiese salido por la mañana a jugar al tenis o al pádel, hubiese quedado después para comer con Julia - su novia - y se encontrase en ese momento de sobremesa.

Estuve casi una hora en aquella escalera y durante todo aquel tiempo no subió ni bajó nadie. Pasé todo el tiempo atento a los ruidos que pudieran venir del portal, pensando en cómo decírselo a mi padre. Finalmente, oí como se abría la puerta y unos pasos, seguidos del ruido de la maquinaria del ascensor, que comenzó a bajar lentamente; llegó al portal con un ruido brusco, se abrieron y cerraron sus puertas y comenzó a subir. Me puse en pie, anhelando y a la vez temiendo que fuera él quien subía. Se detuvo en la segunda planta, se abrieron las puertas y apareció mi padre. Se paró en seco al verme.

- ¡Daniel! ¿Qué...? - no continuó la frase al ver mi cara, demudada por el dolor.

- ¡Mamá... se ha matado! - espeté, en un estallido de dolor.

De esa forma tan brutal se enteró Keith de que Laura, la mujer de quien había estado tanto tiempo enamorado, había fallecido. De nada sirvió el tiempo que había pasado pensando en cómo contárselo: la fuerza de los sentimientos pudo más que la razón. Creo que aunque lo hubiese intentado, difícilmente podría haberlo hecho peor. Aún hoy en día, después de los años transcurridos, sigue siendo uno de los recuerdos más vivos y trágicos de mi existencia.

Los días que vinieron después se asoman difusos en mi mente. Recuerdo no obstante algunos retazos que se fijaron para siempre en mi

memoria: que no deseé ver el cuerpo de mi madre, expuesto tras el ventanal de la sala del tanatorio, cubierto con una cortina de color azul cobalto que intermitentemente alguien descubría hacia la izquierda para despedirse por última vez de la amiga o compañera. Yo deseaba recordarla viva, sonriente, mirándome a los ojos, disfrutando de la vida; esa era ella, no el cuerpo que yacía allí dentro enfundado en un serio traje que los operarios de la funeraria habrían abrochado y cortado por la espalda para podérselo poner fácilmente; que acudió mucha gente a la que no conocía de nada y cuyas caras ya había olvidado unos minutos después; que en el cementerio me esperaba un grupo de amigos y compañeros de la facultad; que uno de ellos, mi amigo desde hacía años, estaba de espaldas a mí cuando llegué y les comentaba a los demás, desconsolado, que no sabía qué decirme; y que al darse la vuelta, le abracé con todas mis fuerzas, y le dije que no se preocupara, que no era necesario.

Al terminar el entierro las personas se dispersaron en varios grupos; a tomar unas cervezas mientras hablaban sobre mi madre, o de vuelta a sus trabajos o sus casas, a continuar con su vida. No podía ser de otra manera. Solo espero que ocasionalmente se acuerden de ella como lo hago yo, para que de esa manera su existencia no se disuelva repentinamente, para que quede algo de ella vivo en este mundo. Con nosotros – mi padre, su novia y yo – se quedaron unos pocos: los amigos más cercanos, un primo de mi madre y poco más, pues no tenía más hermanos aparte de Nicolás - desaparecido para unos, muerto para otros - y mis abuelos maternos habían fallecido siendo yo pequeño. A partir de ese momento todo se torna vago, tremendamente irreal. Pasé unos días con mi padre, encerrado en su casa. No me apetecía ver a nadie, ni salir a la calle; no leía, ni escuchaba música, ni veía la televisión, y apenas hablaba. Recuerdo, eso sí, que pasé mucho tiempo de pie, junto al ventanal de la sala de estar, mirando a la calle, los edificios, la gente deambulando arriba y abajo, las gaviotas flotando en el cielo dejándose arrastrar por las corrientes. Pasé así varios días, muerto en vida, un pedazo de carne gobernado por una mente inerte, ajeno al tiempo, ajeno a todo. El tiempo transcurría muy lentamente, pero no me importaba, nada lo hacía. Mi padre intentaba alentarme, sacarme de aquel sopor cerebral; me proponía dar un paseo, salir a comer, a tomar un café, me instaba a llamar a mis amigos, pero nada de eso me alejaba de aquel ventanal. Hasta que finalmente

un día me cansé de estar allí plantado, desperté de mi letargo y regresé a mi vida.

- Vuelvo a casa de mamá - le dije a mi padre una tarde.

- ¿Estás seguro? ¿Por qué no te quedas aquí conmigo? – me contestó, mostrando el dolor del abandono en su rostro -. Al menos hasta que las cosas se estabilicen y estés más centrado, no sé...

- Estoy a gusto aquí contigo, papá, de verdad, pero... necesito cambiar de aires. Y por el dinero no te preocupes, ya encontraré algo para ir tirando de momento. La casa está pagada y los gastos de comunidad sabes que son poca cosa.

- No es el dinero lo que me preocupa, eres tú. ¡Me preocupa que estés solo! No es bueno. Necesitas estar en compañía.

- Estoy mejor, papá, de verdad – le dije, poniendo mi mano en su hombro -. Es hora de seguir adelante. No te preocupes por mí, de verdad que estoy mejor.

- Como quieras, pero si te veo otra vez así, aislado de todo, te vienes conmigo, ¿de acuerdo?

- De acuerdo. Bueno, voy a coger mis cosas...

Me di la vuelta en dirección a mi habitación, seguido por mi padre.

- Quizás podrías pedirle a Suso o a algún otro amigo que pasase unos días contigo.

- Eh... sí, supongo que sí – dije volviendo la vista -. Quizás no sea mala idea. No sé, ya veré, no te preocupes.

Entré en mi habitación, recogí la pequeña maleta que había preparado apresuradamente pocos días antes y salí al pasillo. Le di un beso en la mejilla antes de abrir la puerta de la calle.

- Espera un momento – dijo, apresurándose hacia el interior de la casa.

Regresó poco después y me tendió un sobre con mi nombre escrito a mano.

- Para que vayas haciendo frente a los gastos.

Lo tomé entre mis manos y agaché la cabeza, mirándolo. Levanté la mirada, me acerqué y le abracé.

- Gracias, papá.

- Bueno, ya hablaremos otro día del dinero. No quiero que esto suponga ningún cambio en tus planes. Si quieres seguir estudiando, hacer la tesina o tomarte un tiempo libre... hazlo. No te veas obligado

a buscar trabajo. El dinero no es problema, ¿vale? Sigue con tus planes. Yo me hago cargo de todos tus gastos mientras lo necesites.

- Gracias otra vez, papá. Déjame que lo piense y... hablamos.

Abrí la puerta y regresé a casa, a la casa de mi madre, a mi casa.

II

Limpieza

Suso era mi mejor amigo por entonces. Le llamé aquel mismo día y, antes de que yo se lo pidiera, ya se había ofrecido a pasar conmigo una temporada. No era muy hablador, pero yo tampoco, esa es la verdad. Recuerdo que, en una ocasión, estábamos sentados en una terraza, con unas copas de cerveza en la mesa; llevábamos varios minutos sin hablar, mirando a la gente pasar. Se volvió entonces hacia mí y rompió nuestro silencio “Es fantástico”, me dijo “que en ocasiones no necesitemos decirnos nada estando juntos, sin sentirnos por ello incómodos; es lo bueno de una amistad como la nuestra, si no hay nada que decirse en un momento dado, permaneces callado, y no pasa nada”. Sin embargo, durante aquellos días que pasó en mi casa estuvo más locuaz que de costumbre, o al menos eso me pareció. No me molestó, más bien fue todo lo contrario, me halagó que lo hiciera por mí.

Pese a nuestra amistad y a que Suso lo hacía con la mejor intención del mundo, no me gustaba hacerle pasar por aquella experiencia; así que los primeros días hice todo lo posible para pasar poco tiempo en casa. La mayor parte del tiempo lo dedicamos a pasear por el centro, por el puerto - para ver si había llegado algún trasatlántico o algún buque insignia - a charlar sobre nuestras amistades, sobre fulano y sobre zutana o a husmear por alguna librería. Y nos unimos, como no, a nuestra pandilla de amigos. En aquella época solíamos reunirnos en un café llamado *La Barra*, un lugar bastante avejentado, con esa triste luz azul verdosa que proporcionan los fluorescentes. El local, de techos altos y algo abovedados, se dividía en dos gracias a una especie de arco de medio punto realizado con una celosía de madera; la mitad que daba a la calle se componía, a la izquierda, de una barra -

pocas veces ocupada - y a la derecha de un grupo de mesas de formica - que imitaba la madera - con sillas a juego; la zona posterior, la situada tras el arco, estaba llena de las mismas mesas y sillas, colocadas sin orden ni concierto. Es probable que en otros tiempos aquella parte hubiese estado destinada a servir comidas y cenas; de ahí la separación que existía entre ambas zonas. Pasábamos buena parte de la tarde tomando café y alguna que otra copa - cuando el presupuesto nos lo permitía - mientras jugábamos al mus. Tras un par de horas salíamos a la calle para estirar las piernas y respirar aire puro, algo inexistente dentro del local, que más bien semejaba una sauna, cubiertos los parroquianos de una espesa y ondulante nube de humo de tabaco al que todos contribuíamos de buena gana. Si el bolsillo se mostraba generoso aún nos daba para tomar una o dos cervezas, en muchas ocasiones financiadas por el bueno de Juanjo, que disfrutaba de una economía considerablemente más holgada que la de los demás; a fin de cuentas era el único de nosotros que había empezado a trabajar.

Por entonces ninguno de nosotros salía con ninguna chica en particular. Teníamos amigas que nos acompañaban de vez en cuando y nos gustaban las chavalas, de eso no hay ninguna duda, pero nuestras capacidades de seducción eran ciertamente pobres. Ahora que vuelvo la vista atrás y rememoro aquella época me doy cuenta de que éramos unos críos después de todo y que debíamos ofrecer una imagen ciertamente patética cuando estábamos en algún local de ambiente. Nos situábamos de pie, en fila de a uno, a ser posible en un extremo de la barra, con un codo apoyado en ella, preparados para girar ciento ochenta grados, al unísono, cada vez que aparecía en nuestro radar una chavala que llamara nuestra atención. Acercarnos a ellas, lo que se dice acercarnos, nos acercábamos poco, esa es la verdad; éramos bastante cortados, aunque cualquiera que nos hubiera oído hablar habría pensado que éramos socios fundadores de algún club de gigolós. Y así pasaban los minutos, las medias y las horas enteras entre trago y trago, cigarrito y algún que otro comentario del estilo de “Atención, rubia a las cinco” que hacía que nos girásemos instantáneamente como la aguja de una brújula; tras localizar el objetivo le poníamos nota en votación individual a mano alzada. Poníamos cara y pose interesantes - o al menos eso debíamos pensar - esperando que nuestro atractivo personal se difundiera como una luz celestial, atra-

yendo las miradas de las chicas más suculentas y que, cual canto de sirena las atrajese, anulada su voluntad, depositándolas a nuestro lado, obnubiladas por nuestro irresistible encanto. La luz celestial debía ser invisible salvo para nosotros, doy fe de ello.

Gracias a Suso, Juanjo, Ramón y José mi ánimo mejoró notablemente y una semana después me encontraba lo suficientemente estabilizado emocionalmente como para permitirme disfrutar de un magnífico día de playa. Suso y yo fuimos en su moto; Juanjo y Ramón en el coche del padre de este, acompañados por la hermana de Ramón y su amiga Emma, que había sido novia mía y también de Suso. Fue un día estupendo y cuando el sol, ya anaranjado, descendía sobre los edificios más altos de la ciudad, al otro lado de la ría, di un paseo con Emma por la orilla. La playa estaba casi vacía y las pocas personas que quedaban recogían ya sus pertrechos, dejando vía libre a las gaviotas, que descendían en busca de restos de pan, de bocadillos y migajas de patatas fritas, disputándoselos con ferocidad.

- ¿Qué piensas hacer ahora? - me preguntó, con una tierna expresión.

- No estoy seguro - le respondí - lo cierto es que no he querido pensar mucho en ello. Aunque es una pregunta que me viene a la cabeza constantemente, pero... intento pensar en otras cosas. Bueno, intento no pensar en nada, para ser más exacto.

Me agaché a recoger una piedra que me había llamado la atención; me gustan esas piedras multicolores pulidas por el oleaje. Parecen tener vida interior, pero te las llevas a casa y cuando pierden el lustre ya no son lo que eran, es como si hubieran muerto y dejan de tener atractivo. Seguimos andando en silencio unos instantes.

- No te preocupes - le dije -, saldré adelante.

- Lo sé. Pero... a lo mejor puedo ayudarte...

- Gracias, sé que puedo contar contigo. Y tienes razón, ya va siendo hora de que decida qué hacer con mi vida. Mi padre me ayudará mientras lo necesite, pero prefiero no depender de él, no sé si me entiendes.

Ella asintió.

- Había pensado en comenzar a preparar la tesina después del verano. Pero esto lo cambia todo - dije, con tono triste -, tendré que buscar trabajo cuanto antes, de lo que sea.

- Bueno, tampoco seas tan drástico. Tienes donde vivir, tu padre te ayuda económicamente y supongo que tu madre tendría algo de dinero ahorrado. Seguro que puedes aguantar una temporada hasta que encuentres algo que merezca la pena.

- Sí, supongo que sí, no sé - me paré - ¿Damos la vuelta?

- Claro.

Era hora de enfrentarme a la situación económica. Mi padre siempre ha sido generoso, pero no era cuestión de convertirme en un gorrón profesional. Deseaba poderme desligar de él en asuntos de dinero lo antes posible y, aunque todavía no había tenido necesidad de acudir a él - el sobre que me había dado era lo suficientemente abultado como para aguantar un mes sin problemas - cuanto antes dispusiera de medios propios para subsistir, más cómodo me encontraría. Desconocía el estado financiero de mi madre; solo sabía que tenía todos los ahorros depositados en un único banco, en una cuenta en la que yo aparecía también como titular.

A la mañana siguiente, nada más terminar de desayunar, entré en la habitación que hacía las veces de biblioteca, despacho y cuarto de invitados. Me senté delante de la mesa de color caoba sobre la que teníamos el ordenador. Tenía un bonito diseño, con un cartapacio de color verde oscuro en el centro, incrustaciones de marquetería, que delineaban el contorno con un fino dibujo en maderas más claras, y una fila de cajones a cada lado. Fui abriéndolos de uno en uno, haciendo una inspección preliminar, catalogando lo que había en cada uno de ellos antes de decidir por dónde empezar. El cajón superior izquierdo contenía una pila de papel de carta de buena calidad de tamaño cuartilla, dos cajas de tarjetas de visita, lápices, bolígrafos y gomas de borrar, todo en perfecto orden. En los cajones inferiores: carpetas de plástico con una etiqueta pegada en el frontal que indicaba el contenido: Bancos, Seguros, Acciones, Facturas varias, Médicos, Daniel, Abogado, Renta, Luz, Agua, Teléfono, Manuales de Instrucciones. El lado derecho estaba dedicado a todo lo relacionado con la informática: papel corriente, satinado y fotográfico, manuales, una caja con cables y accesorios para el mismo, un archivador con CDS de diferentes programas y tinta para la impresora.

Saqué las carpetas correspondientes a los bancos, seguros y acciones. La primera no contenía demasiada información, solamente el

contrato de apertura de las cuentas en la Caja del Noroeste y, lo más importante, el usuario y clave de acceso a la página web de clientes. No había papeles con saldos ni comprobantes de transferencias. Encendí el ordenador y, tras la acostumbrada espera de un par de minutos, abrí el explorador, accedí a la web del banco y rellené los datos de usuario. Apareció entonces la lista de cuentas disponibles, dos en total. En una de ellas, la de ahorro, había casi cinco millones de pesetas y en la otra, la operativa, unas trescientas mil. Revisé la relación de recibos domiciliados en la cuenta y anoté los importes aproximados para poder calcular los gastos a los que debería enfrentarme: luz, gas, teléfono, internet, comunidad de vecinos, seguro del hogar, y poco más. La casa estaba pagada hacía ya varios años, así que aquel dinero me permitiría vivir sin problema durante dos o tres años.

Después abrí las carpetas rotulada con las etiquetas “Acciones” y “Seguros”. La primera contenía diversas notificaciones sobre acciones de una empresa de comunicaciones extranjera. Las fechas de las operaciones más recientes eran de hacía un par de años, y en una de ellas constaban los detalles de la operación de venta. Cerré la carpeta y la guardé. La otra contenía a su vez tres carpetas. La primera tenía la documentación del seguro del coche: establecía una indemnización en caso de muerte por accidente de diez millones de pesetas. La segunda contenía la póliza del seguro de hogar. La tercera, un seguro de vida: la indemnización era ni más ni menos que de treinta millones. Contemplé aquellos papeles durante unos minutos, pensando en lo triste que resultaba ponerle precio a una vida.

No sabía cómo proceder con las cuentas bancarias o las pólizas del seguro, ni tenía ánimo para averiguarlo. Pensé que lo mejor sería ponerlo todo en manos de Carla, la abogada que le había llevado el divorcio a mi madre. Había sido muy amable con ella y la había apoyado incluso emocionalmente - era amiga de una compañera de trabajo de mamá con la que salía de vez en cuando de copas. Encontré su dirección y número de teléfono en otra de las carpetas; sin pensármelo dos veces, la llamé y le expuse la situación. Me dijo que acababa de regresar de un viaje de varias semanas y se acababa de enterar de lo ocurrido; de ahí que no hubiese estado en el entierro; me dio el pésame y se ofreció de inmediato a encargarse de todo el papeleo sin cobrarme nada a cambio, más allá de los costes que le pasara la gestoría. Le di las gracias y quedamos en vernos unos días más tarde.

Metí todos los documentos que me había pedido Carla en una carpeta y guardé los demás en su lugar. Al cerrar uno de los cajones, que había llenado en exceso, noté como algunos de los papeles chocaban entre sí y finalmente se caían detrás del cajón, impidiéndome cerrarlo. Lo saqué de su sitio, pero no se veían los papeles por ninguna parte. No tuve más remedio que quitar los cajones inferiores para ver a dónde habían ido a parar. Me agaché para recoger las hojas que se habían caído, las coloqué encima del escritorio y volví a colocar los cajones en su sitio. Estaba leyendo los papeles por encima, para ver de qué trataban y saber así en qué cajón guardarlos, cuando me topé con el recorte doblado de un anuncio por palabras de un periódico. En él se podía leer:

18 de Septiembre de 1990

CLASIFICADOS

Buhito - Hemos estado en La Lanzada unos días. A Dani le picó una faneca, pobre hijo, pero lo hemos pasado muy bien. ¡Te echo tanto de menos! Muchos besos. **L.**

Carla- morena salvaje,

Ese tal Dani, al que le había picado una faneca en la playa de La Lanzada, ¡tenía que ser yo! El anuncio estaba firmado por L., de Laura. Lo que no sabía era quien podía ser *Buhito*. La fecha del anuncio estaba cortada: el día parecía ser el dieciocho de septiembre de mil novecientos noventa y algo. Había ido bastantes veces a esa playa con mis padres, pero la forma en que se refería a mí, “*pobre hijo*”, parecía indicar que, en cualquier caso, no tendría más de doce o trece años, por lo que el año tenía que ser 1990 o 1991. Lo que no acertaba a entender es por qué mi madre iba a gastarse el dinero en poner un anuncio en un periódico para decirle a nadie que me había picado una faneca. Desdoblé el trozo de papel y pude ver que se trataba de una página de *El País*. Iba a hacer una pelota con el papel para tirarlo a la papelera, pero aquel pedazo de papel descolorido me intrigaba; cam-

bié de opinión y lo guardé en el primer cajón de la derecha. El resto de los papeles que se habían caído eran facturas de la luz que guardé en su carpeta.

La visión de los objetos personales de mi madre, la ropa en los armarios de su habitación y algunas fotos en las que aparecía siempre sonriente me llenaban de aprensión. Me generaban sentimientos contradictorios: de un lado necesitaba perderlos de vista y pensaba en que tenía que armarme de valor y tirar, regalar o dar a la beneficencia todo lo que pudiera; y por otro me hacía odiarme a mí mismo por pensar siquiera en ello. Empecé a abrir las puertas del ropero de mi madre, curioseando, mirando sus vestidos, sus trajes, blusas y pantalones, sin decidir qué hacer. Vi una blusa que le había regalado las Navidades del año anterior y que tantas veces le había visto lucir, orgullosa. La tomé entre mis manos y me la quedé mirando, rememorando el momento en que abrió el paquete en el que venía envuelta y su cara de asombro y alegría al ver que dentro estaba aquella blusa que había visto hacía por lo menos un mes en un escaparate de una tienda del centro y que tanto le había gustado.

Ahí estaba yo sujetando la blusa, plantado en medio de la habitación como un chopo, cuando apareció Suso y me sacó de mi letargo.

- ¿Estás bien? - me preguntó en voz baja.

- Eh, sí, creo que sí. Estaba echando un vistazo - me senté en la cama, con la blusa en el regazo -. Creo que lo mejor sería que me desprendiera de todo esto. No tiene sentido dejarlo aquí, pero... me da reparo, no sé si me entiendes. Es como si estuviera deshaciéndome de una parte de ella, como si fuese una manera de olvidarla. No sé qué hacer...

- Bueno, supongo que es normal, a mi abuelo le pasó lo mismo cuando se murió mi abuela - apoyó su mano en mi hombro -. Es lo mejor, ¿sabes? Tampoco hace falta que lo tires todo, puedes...

- No pensaba tirarlo todo, bueno algunas cosas sí, pero la ropa pensaba dársela a Caritas o a la Cruz Roja.

- Sí, claro. Quería decir que supongo que habrá cosas que querrás guardar como recuerdo. Venga, que te ayudo, voy a abrir la ventana, está un poco cargado el aire. Si te parece yo me encargo de la ropa y tú del resto.

- Me parece perfecto, no sabes cómo te lo agradezco - me levanté y le di un fuerte abrazo.

- Para eso están los amigos, ¿no? Venga, dejémonos de mariconadas y a currar.

No sé cuántas bolsas de ropa pudimos llenar, pero el suelo de la habitación y la cama acabaron completamente cubiertos de ellas. Parecía mentira que todo aquello hubiese estado guardado en los armarios. Cargamos todo en el coche y lo llevamos a la parroquia del barrio. Me quedé con pocas cosas: algunas joyas, un par de pañuelos de seda, un álbum de fotos y poco más.

Aquel álbum me llamó la atención inmediatamente, porque no estaba guardado con los demás en la librería del despacho. Todos ellos tenían una etiqueta en el lomo que indicaba los años a los que correspondían las fotos guardadas en su interior. Yo era el protagonista de la mayor parte de ellas, no en vano era hijo único. Sin embargo, aquel otro álbum no tenía etiqueta alguna y me pareció muy raro que mi madre lo guardase en el fondo de uno de los estantes inferiores del armario ropero, oculto tras una pila de toallas. Al abrirlo pude ver que todas las imágenes eran de mi tío Nicolás, desde que era un bebé hasta los últimos días de su vida. Al lado de cada una de ellas, una pegatina indicaba el año y el lugar o las circunstancias en que se había realizado la fotografía. Estaban ordenadas, aparentemente, en orden cronológico. Las de las primeras páginas eran todas en blanco y negro, para pasar ya terciado el álbum a tomas en color, las primeras en tonos claramente desvaídos. La primera de todas, “1955 - Nicolás en brazos de mamá”, mostraba a un bebé delgadito, con mucho pelo y la piel aún arrugada, un abuelito en miniatura, envuelto en una mantilla en el regazo de mi abuela Julia que, tumbada en la cama, mostraba una gran sonrisa de satisfacción que apenas podía ocultar el agotamiento posterior al parto. Nicolás en la playa - en pelota picada -, Nicolás jugando al fútbol, Nicolás soplando las diez velas de una tarta de cumpleaños, Nicolás se va de acampada, Nicolás se gradúa, Nicolás, Nicolás, Nicolás... Mamá adoraba a su hermano pequeño, más aún si cabe después de su desaparición hacía ya trece años. Al principio no hubo nada que me llamara especialmente la atención. Después de llegar a la última página, volví hacia atrás unas pocas hojas para volver a mirar las fotos más recientes una última vez. En ese momen-

to me di cuenta de algo que me había pasado desapercibido: una de las imágenes, en la antepenúltima página, no tenía etiqueta alguna a su lado. La foto anterior era de agosto del ochenta y seis y la siguiente de las Navidades del mismo año. Aquella foto tenía algo extraño, no solo porque fuese la única que no mostraba la fecha - lo cual ya me parecía raro de por sí, conociendo la pasión de mi madre por el orden perfecto - sino por algo más que tardé un rato en descubrir: un grupo de globos de colores chillones en los que se veía la imagen de Cobi, la mascota oficial de las Olimpiadas de Barcelona. Eso no era posible, al menos según la versión oficial que siempre me habían contado sobre la desaparición de mi tío: si la habían tomado durante la celebración de los Juegos, es decir, en el verano del noventa y dos, Nicolás llevaba ya en paradero desconocido más de cuatro años. Así pues solo quedaban dos opciones: o la historia era falsa o el personaje de Cobi ya era muy conocido antes de julio del ochenta y ocho, fecha de su desaparición. Me senté delante del ordenador y me puse a buscar en la red información sobre Cobi. Su presentación oficial como mascota de las Olimpiadas se había hecho en marzo del mismo año. Era posible por tanto que la foto fuese de entonces, pero el edificio que aparecía al fondo era sin lugar a dudas un estadio, hacía un sol radiante, todo el mundo lucía ropa veraniega, y una familia disfrutaba de sus helados. Aunque era posible que se hubiese tomado la imagen entre marzo y julio del ochenta y ocho, hubiera puesto la mano en el fuego a que aquello era el estadio de Montjuic durante las Olimpiadas. Mi madre era, como decía, enormemente ordenada, tanto que cada tomo tenía sus negativos perfectamente archivados en unas hojas de papel cebolla que se encontraban al final del álbum. Las saqué y las levanté en el aire, poniéndolas al contraluz de la ventana. Encontré el negativo en cuestión de un par de minutos; saqué la tira de su envoltorio y la estudié unos instantes. Pensaba que quizás la fecha en que se había revelado el carrete podría figurar en el margen de los negativos, pero no hubo suerte. Lo introduje en el porta negativos del escáner. Lo configuré para obtener la máxima resolución y poco después tenía una imagen de alta calidad en la pantalla. Buscaba algo en ella que me pudiera dar una pista; después de un buen rato me fijé en que, entre el grupo de jóvenes que miraba lo que parecía un mapa - del cual no se podían apreciar detalles pues estaba orientado oblicuamente al plano de la cámara - había uno que tenía lo que parecían unas entradas en la mano. Aumenté el *zoom* todo lo que era posible,

procurando no perder mucha nitidez y aparecieron ante mí los círculos inconfundibles de la enseña olímpica. Ya no había duda: aquella foto se había tomado durante las olimpiadas de Barcelona y mi tío, que aparecía en primer plano estaba entonces tan vivo como lo estoy yo ahora.